

DE BUENAS LETRAS

# ‘Lanjarón 1947, retrato inacabado’

EDUARDO CASTRO

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

**E**n la introducción de su magnífica obra ‘Lanjarón: historia y tradición’, Juan Gutiérrez Padial dice que «asomarse al mirador de los recuerdos es volver a vivir, revivir lo que, por designio inexorable del tiempo, se repliega y confina a la recatada ínsula de la historia». Y, efectivamente, en las páginas de aquel libro, que debería ser de lectura obligada para los habitantes de dicho municipio, se cuenta la historia del pueblo y de sus gentes, de sus costumbres, de sus fiestas, de sus tradiciones, de su parroquia, de sus ermitas y, sobre todo, de sus aguas y su balneario. Pues bien, en otro libro recién salido ahora de la imprenta, ‘Lanjarón 1947, retrato inacabado’, nos encontramos de nuevo con las mismas tradiciones, las mismas aguas, el mismo balneario, el mismo paisaje y casi el mismo paisanaje, es decir, sus gentes, que no son otras que las cañoneras y los cañoneros que transitan las calles del pueblo y las páginas de la novela, aunque en esta ocasión los protagonistas principales tengan nombres propios, familiares directos y bien queridos de y por la autora, Sandra Lozano.

Porque se trata de una obra de claro conte-

nido autobiográfico, como bien apunta en el prólogo Baltasar Estévez, quien acertadamente señala que, al exponer sus recuerdos personales, junto a otros testimonios recibidos, la autora deja acceder al lector «a un mundo propio, familiar», haciendo de la literatura «el vehículo que le permite transmitir sus sentimientos de cariño filial hacia sus progenitores, en especial hacia su padre, Eduardo». La huella de Eduardo, como también recuerda Estévez en su texto introductorio, quedó plasmada «en los diversos trabajos realizados al servicio del ‘Balneario y Aguas de Lanjarón’, especialmente como pintor y rotulista, cuyos rótulos se pasaron por toda España y fuera de ella», pero también, y sobre todo lo demás, en «ser serio y cabal en la amistad».

El noviazgo entre los protagonistas de la historia, el pintor Eduardo y la bordadora Carmen, con todas las vicisitudes propias en este tipo de relaciones en los pueblos de la España de entonces, constituye aquí el eje central del relato literario, pero sirve igualmente como hilo conductor para que Sandra Lozano, usando ella la pluma como antes su padre había usado los pinceles, teja un fino paño y transforme su no-

vela en lienzo para ofrecernos en sus páginas un retrato socio-antropológico de Lanjarón en uno de los períodos más duros y difíciles del siglo XX. Porque aquéllos fueron años difíciles para todo el mundo, en general, pero lo fueron sin duda más difíciles y bastante duros para las clases humildes y trabajadoras, que conformaban por desgracia la mayor parte de la población, y dentro de ellas, mucho peor aún si cabe, como casi siempre a lo largo de la Historia, para las mujeres.

Pero hay dos aspectos fundamentales que, a juicio de un lector empedernido como yo, merecen ser destacados en esta novela: el primero, la calidad literaria que a veces alcanza su prosa, algo poco habitual en autores noveles o en obras primerizas; y el segundo, aunque no menos importante, el valor antropológico de muchas de sus páginas, entre las que sobresalen las que describen la ceremonia de pasar a un niño por la mimbres en la noche de San Juan. Y cuando ambas cualidades (literaria y sociológica) se unen en un mismo pasaje, el resultado parece ya digno de una escritora consagrada. Sirvan como muestra estos ejemplos: «En Lanjarón, las estaciones se olián. La naturaleza y sus ciclos interactuaban y dirigían la vida del pueblo de una forma exacta y sutil»; «Cuando aún chirriaba la cera en el asfalto, era el momento. La llegada de la primavera marcaba el comienzo a ritmo frenético de todo tipo de labores»; «A la gente humilde le incomodaba mostrar sus miserias a tan distinguidos visitantes, y a éstos en realidad no les interesaba mucho la vida rural. La trastienda del lujo siempre incomoda». Todo lo cual me permite recomendarles encarecidamente la lectura de este ‘retrato inacabado’ del Lanjarón de 1947, escenario del cándido romance vivido por los progenitores de su autora.